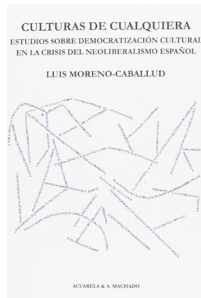


**Teknokultura**

ISSNe: 1549-2230

<http://dx.doi.org/10.5209/TEKN.57038>EDICIONES  
COMPLUTENSE

Reseña del libro: *Culturas de cualquiera: estudios sobre democratización cultural en la crisis del neoliberalismo español*, Luis Moreno-Caballud, 2017, Madrid, Ediciones Acuarela & Machado. ISBN: 9788477743477, 438 págs.



El objetivo principal de este libro es analizar una larga y compleja tradición cultural occidental, que nace en la modernidad, y distingue entre “los que saben” y “los que ignoran”. Es decir, examinar un modelo cultural jerárquico, donde el tecnócrata y el experto se adueñan del derecho a la palabra y monopolizan el ejercicio de la autoridad cultural. Y es que, según el autor, Luis Moreno-Caballud, la función del intelectual en nuestro país, desde el franquismo tecnocrático a nuestros días, ha sido la de conceder valor a unas formas de vida y arrebatárselo a otras; avalando como el “mejor sistema posible”, el realmente existente. Un paradigma

que, en el caso español, ha consistido básicamente en la legitimación de la empresarialización de la vida y la competencia generalizada, como el único modo de vida socialmente aceptable.

En esta obra, también se estudia tentativamente, hasta qué punto la crisis económica y la precariedad, junto con el movimiento 15-M y la reciente oleada de protestas ciudadanas, han erosionado ese autoritarismo cultural que desconfía de las capacidades de “cualquiera”. Es decir, lo que él denomina “culturas de cualquiera” es una mediación con la que la ciudadanía puede ofrecer colectivamente una respuesta a un problema común, generando las condiciones propicias para su propio empoderamiento. En resumen, la puesta en marcha de una práctica cultural antimonopolística, que democratice la producción de saberes y transforme la cultura en una discusión colectiva acerca del sentido que le concedemos al mundo que nos rodea.

El autor reconoce que no ha existido ninguna pretensión de exhaustividad en la recopilación del material empírico analizado. De hecho, confiesa que el verdadero objetivo de la obra es analizar las formas más representativas de la organización de ese malestar que la crisis económica ha ido dejando a su paso, bien sea éste el que combaten las plataformas antidesahucios o bien, el que estudian ciertas instituciones culturales comunitarias como la Fundación de los Comunes o la céntrica librería Traficantes de Sueños.

Para empezar, la tesis que atraviesa toda la primera parte de la obra (*Autoridad cultural y “modernización” neoliberal*), reconoce que el autoritarismo cultural aparece solamente cuando el intelectual “habla en nombre de la gente”, volviendo invisible la relación de interdependencia que le une a ella y le permite “hablar en su nombre”. Es decir, cuando desaparece esa dimensión comunitaria y relacional que ofrece las condiciones necesarias para la producción cultural. Cuando eso ocurre, sobreviene una cierta desconexión entre cultura y sociedad, que fuerza a buena parte de la población a mantener una relación con la primera meramente unidireccional y pasiva.

Tanto en el primer (*La dimensión cultural de la crisis neoliberal: genealogías de una legitimidad fracturada*) como en el segundo capítulo (“Normalizando” desde arriba: expertos, intelectuales y cultura-burbuja), el autor se pregunta si la crisis del individualismo consumista y de la jerarquía cultural del Estado, tienen que ver con el recrudecimiento del impacto social y económico de la crisis en nuestro país. Es decir, si el desprestigio de la vida cultural y la falta de firmeza del consenso político de la Transición, son síntomas más del debilitamiento del sistema económico y su mandarinato.

Aunque lo haga desde un punto de vista cultural, el libro también habla de la regeneración del vínculo social y de la normalización de un nuevo “sentido común”, donde la deliberación en red ha jugado un papel relativamente novedoso en la cultura española de la última década. Lo que supone una forma muy particular de eliminar el impacto sociológico del neoliberalismo y abandonar una cultura mesocrática y consumista, obsesionada con el mito europeísta y la modernización de un país supestamente atrasado.

El tercer y último capítulo del primer apartado (*Modernidades truncadas: las culturas populares que pudieron ser*), comienza examinando, desde el punto de vista de las teorías feministas de la reproducción social de Amaia Pérez Orozco o Silvia Federici, la reciente irrupción de esas nuevas formas de cultura colaborativa que ponen en tela de juicio la eficacia de la razón neoliberal y sus mecanismos competitivos y reconocen la interdependencia como la base material imprescindible para el sostenimiento de una vida digna.

Pero frente a lo que uno pudiese pensar, las “culturas de cualquiera” y sus representantes no son solamente un fenómeno contemporáneo. Tanto es así, que, en ese mismo capítulo, el autor acude a figuras como la de Juan Marsé, Manuel Vázquez-Montalbán o Luis Mateo Díez para analizar el papel de un reducido grupo de intelectuales que, frente a la omisión o la folclorización de las culturas obreras y campesinas de la segunda mitad del franquismo, decidieron concederles el respeto y prestarles la atención que, en su opinión, merecían. Un hecho que le sirve al autor para criticar el individualismo despolitizado que caracterizaba al resto de la intelectualidad posfranquista que, normalmente, contempló las formas de vida de esas comunidades como algo exótico y condenado a desaparecer en el corto-medio plazo, con la integración en el mercado común europeo.

Por otro lado, el cuarto (*Las culturas de la Red como creación colaborativa de valor*) y el quinto capítulo (*Componiendo las capacidades de cualquiera: el movimiento 15-M y sus mutaciones*) de la segunda parte de la obra (*Democratizaciones culturales*), se centran en analizar las culturas colaborativas en red, como una forma de creación colectiva de valor cultural no monetarizado, reconociendo eso sí, la incuantificable inversión de tiempo y esfuerzo que cualquier comunidad de cibernautas dedica a digitalizar o corregir contenidos en Internet. De ese modo, el texto ofrece una visión poco idealista del papel de las nuevas tecnologías en el cambio social. Todo lo contrario, examina el uso compartido de la red, como una oportunidad para contribuir a la democratización de la sociedad española en la actualidad.

En ese sentido, la arquitectura descentralizada de Internet facilita la participación desinteresada de cualquier grupo de internautas, que posea ciertas habilidades informáticas y decida organizarse espontáneamente para elaborar y firmar un manifiesto o combatir una ley que considera injusta. Habilidades que, al no encontrar cabida en un entorno laboral cada vez más precarizado, no se consideran como algo digno de

ser remunerado. Por eso, estos jóvenes internautas deciden experimentar con esas nuevas formas de creación de valor, sin esperar ninguna retribución económica a cambio.

En cualquier caso, la supervivencia de estas comunidades de internautas depende, fundamentalmente, de la producción ininterrumpida de bienes inmateriales, como los manifiestos virtuales o las licencias *creative commons*. Esto garantiza un modelo de subsistencia, basado en el intercambio y el aprendizaje, que dota a todos los miembros de la comunidad de las herramientas, enseñanzas y capacidades necesarias para asegurar el sostenimiento de sus propios proyectos.

El sexto capítulo (¿Hacia instituciones culturales más democráticas?) analiza el funcionamiento de varias instituciones culturales de reciente creación, señalando, por supuesto, sus limitaciones principales. Con ello, el autor ejemplifica cómo al tratar de canalizar institucionalmente el deseo de participación ciudadana, la naturaleza experimental de cualquier proyecto de ámbito cultural, minimiza sus posibilidades de éxito. Por eso, las “culturas de cualquiera” son tan propensas al acoso neoliberal; tanto cuando pertenecen a la red asamblearia de centro sociales autogestionados, como cuando en el caso de Media-Lab Prado, dependen de la tutela administrativa del Ayuntamiento de Madrid. En este sentido, el autor nos invita a pensar en cómo enfrentar las inevitables tensiones e inercias que atraviesan el funcionamiento de unas instituciones culturales públicas, embridadas económicamente por la administración que las financia.

Por último, el autor propone crear un marco institucional, donde se combinen el conocimiento experto con la sensibilidad y las capacidades de “cualquiera”. O, lo que es lo mismo, abonar el terreno para que proliferen nuevas formas de vida cultural, ajenas a la lógica de la competencia generalizada y capaces de ensamblar conocimientos técnicos con saberes cotidianos. Según el autor, esta es la mejor forma de eliminar las huellas que el autoritarismo cultural ha dejado en nuestro país a lo largo de las tres últimas décadas.

Héctor Gil Rodríguez  
Universidad Complutense de Madrid  
hgilrodriguez@gmail.com